

EL ARTE Y EL PLANEAMIENTO URBANO

LA PREOCUPACION ARTISTICA EN LOS NUCLEOS URBANOS A TRAVES DE LA PREHISTORIA Y LA HISTORIA

Discursos de ingreso del académico de número Ilmo. Sr. D. Mauro Lleó Serret y de contestación, en nombre de la Academia, del Ilmo. Sr. D. Angel Romani Verdeguer, leídos en la solemne sesión pública celebrada el 6 de marzo de 1970

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES;
SEÑORAS Y SEÑORES:

Es motivo para mí de gran emoción este acto solemne, que implica gran bondad por vuestra parte, señores académicos.

La consciencia de mis escasos méritos para hacerme acreedor al más alto y preciado galardón a que pueda aspirar un arquitecto, llena mi ánimo de honda turbación, y por ello difícil me sería expresar lo profundo y sincero de mi agradecimiento hacia vosotros.

También hay un motivo de gran alegría; es costumbre que la elevación del nuevo académico esté motivada por el fallecimiento de un compañero.

Este no es mi caso; yo cubro la vacante de académico de número que deja un compañero, por cierto muy querido, el ilustrísimo señor don Antonio Gómez Davó, al ser elevado a la categoría de académico de honor.

Don Antonio Gómez Davó, gran arquitecto y entrañable amigo, fue para mí siempre modelo, sobre todo en aquellos años míos de estudiante. Yo lo admiraba, y lo admiro, como la personalización del auténtico arquitecto.

Recuerdo que, cuando me preparaba en la academia que dirigía el buen dibujante don José Fuster, que a la sazón era delineante en el estudio de don Antonio Gómez Davó, muchas veces, después de clase, me quedaba charlando con don José de los valores humanos y de arquitecto de Gómez Davó. Por entonces se estaba proyectando la Caja de Ahorros; las copias de los planos se hacían, precisamente, en la academia, y yo me quedaba horas y más horas mirando aquellos magníficos planos, admirando a su autor y soñando en mi interior.

Más tarde, ya en la Escuela, cuando en las revistas de arquitectura se publicaban obras de don Antonio, yo las estudiaba con admiración y orgullo.

Cuando salí de la Escuela, ya con el título de arquitecto, muchas veces fui a su estudio para consultarle y oírle, con la esperanza de aprender un poquito de lo mucho que él sabe. La realidad es que me encontraba muy feliz en su estudio dialogando con el maestro.

La Real Academia de Bellas Artes de San Carlos es corporación de rancio abolengo en nuestra región. Defensora de todo el arte, lo orienta y promueve con sabiduría. Con sus acertadas decisiones y acuerdos, Valencia puede conservar y acrecentar sus propios y auténticos valores artísticos.

Los sabios consejos de la Academia, de todos nos son conocidos; por eso yo, en el umbral de su entrada, me siento emocionado y como un poco asustado, pues soy consciente de mi pequeñez.

De lo que sí podéis estar seguros, señores académicos, desde el presidente —mi queridísimo y admirado don Javier Goerlich— hasta el de más reciente nombramiento, es de mi voluntad firme, de mi esfuerzo en ayudaros, y pido a Dios que a todos nos ilumine en nuestra labor.

No quiero empezar el tema de mi discurso sin recordar a dos arquitectos para mí muy queridos, que tengo la seguridad que, si hoy vivieran, serían felices como yo asistiendo a este acto. Se trata de don Francisco Mora, excelente arquitecto y querido por mí como a un verdadero padre, por la amistad entrañable que le unió al mío, y de don Luis Albert Ballesteros, magnífico arquitecto y, aun si cabe, mejor amigo.

* * *

El planeamiento urbano no es reciente. Desde que el hombre construye poblados, aun los más primitivos, en muchos de ellos observamos hoy conceptos fundamentales y básicos que nos demuestran que piensa, prevé y, por tanto, planea lo que él considera ha de ser el conjunto.

La ciudad no es nunca arbitraria, en cada caso responde a una manera de ser y a una manera de vivir.

Las primitivas tribus de pastores construyen sus casas o cabañas rodeadas por el espacio preciso para sus rebaños y, probablemente, en el centro de su campo. Pero si en la comarca abundan las fieras, es lógico que, para defenderse, agruparan las edificaciones de la tribu en los vértices de conjunción de las parcelas, naciendo de este modo el poblado.

Las tribus de agricultores necesitan menos extensión para su ciudad; además suelen buscar la proximidad de un río y las casas se agrupan en calles y no en plazas como las de pastores.

Las tribus de cazadores evolucionan y se transforman en guerreros; entonces buscan sitios elevados (burgos), donde construyen la ciudad, que normalmente es amurallada y con gran densidad de población.

Desde un principio el hombre busca la belleza porque tiene alma, espíritu; este buscar y conseguir belleza es *arte*, y esta noble preocupación la observamos desde las primeras y más rudimentarias urbanizaciones.

La ciudad egipcia de Kahum (tres mil años antes de Jesucristo) tenía las calles tiradas a cordel, ortogonales entre sí, formando cuadrícula. Aprovecha la cota elevada para el emplazamiento de la acrópolis o ciudad alta, destacándola de esta forma. La calle procesional, análoga a nuestras calles mayores, partía de la acrópolis y tenía a ambos lados los edificios más importantes; disponía de un barrio de viviendas, también con manzanas rectangulares, rodeado de murallas. En esta antiquísima ciudad observamos criterios de zonificación.

Babilonia es otro ejemplo, con sus dos recintos amurallados; el exterior, de planta rectangular, casi cuadrada, tenía por diagonal el río Eufrates. Al recinto interior se accedía por una gran puerta, donde comenzaba la calle procesional. Las excavaciones nos han demostrado que este recinto albergaba una población hacinada, aunque con espacios libres destinados a jardines.

En la zona entre las dos murallas existían edificios aislados, como si fuera una gran ciudad-jardín, y el Eufrates

era cruzado por una serie de puentes, alguno de ellos levadizo. Esta ciudad, cuyo origen es de cuatro mil años antes de Jesucristo, llegó a tener dimensiones fantásticas, y por las excavaciones efectuadas, se ha podido saber que tenía un perímetro de 90.700 metros, una extensión de 50.000 hectáreas, de las cuales debió de estar edificado el 8 %; las murallas tenían alturas de 30 metros y anchuras de 10 metros; y por último, los edificios solían ser de tres o cuatro plantas. La preocupación artística en el desarrollo de esta ciudad aflora constantemente en los estudios que de ella se han hecho. El famoso palacio de Nabucodonosor lo era principalmente por sus pensiles o jardines suspendidos, que alegraban y embellecían la ciudad.

La calle procesional estaba pavimentada con losas de mármol, que forzosamente debió de ser importado de lejanos países.

En la Asiria es un buen ejemplo Nínive, con sus mil quinientas torres en la muralla.

Las ciudades griegas también denotan el carácter extraordinariamente cívico, sociable, culto y religioso de este pueblo.

Tenemos que destacar las plantas de Pireo y Rodas, trazadas por Hermóclates de Mileto, primer arquitecto urbanista de que se tiene noticias.

El Pireo, que fue famoso puerto de Atenas, tenía las características de todas las ciudades griegas, es decir, limitadas y de perímetro reducido, con trazados geométricos, pero amoldándose al terreno y aprovechando los desniveles para resaltar los edificios importantes.

En El Pireo aprovecha Hermóclates el encuentro de las principales calles para emplazar el ágora.

Rodas, con forma de anfiteatro alrededor del puerto, es un magnífico ejemplo de aprovechamiento de la topografía para conseguir proporciones de masas a nivel urbanístico, y yo me atrevería a decir que tuvieron en cuenta la incorporación del paisaje en el conjunto de la ciudad.

Como ya dijimos, las ciudades y su arquitectura reflejan el carácter, el espíritu y la forma de vivir de los pueblos. El griego tiene un espíritu ciudadano y religioso en su politeísmo; esta dualidad ciudadano-religiosa se manifiesta en sus ciudades. Así vemos la magnificencia, la importancia y la gran belleza conseguida en los recintos sagrados y conjuntos arquitectónicos, como la acrópolis de Atenas, a cuyos pies se extendían el ágora, los gimnasios y los estadios, donde el ciudadano pasaba gran parte de las horas del día, para recogerse por la noche en la casa privada, que se humilla ante la magnificencia de los edificios públicos.

Vitrubio, en su libro V, habla de la elección de lugar y condiciones de las plazas públicas, que han de ser sanas, y de las calles, que conviene que sean abrigadas, y cuenta la historia de Dinócrates, de quien se dice proyectó el plano de Alejandría. También en el libro V dice textualmente: «Los griegos disponían sus plazas públicas en forma cuadrada, con pósticos dobles, muy amplios, y los adornaban con numerosas columnas y arquivadas de piedra y mármol, encima de cuyas cubiertas corren las galerías.»

Camilo Sitte, hablando de la Acrópolis, dice: «Arquitectura, escultura y pintura reúnen aquí en una obra de arte educativa de una hermosura y nobleza tales como una sublime tragedia o grandiosa sinfonía.»

«La despejada terraza, coronando las enhiestas murallas, presenta la usual forma de planta. Puerta inferior de ingreso, la grandiosa escalinata, los propileos, maravillosamente ejecutados, son la nota primera de esta sinfonía en mármol, oro, bronce y color; los templos y monumentos del recinto interior representan los mitos del pueblo heleno hechos piedra. La poesía y el pensamiento sublimes encontraron en el lugar sagrado su expresión en formas corpóreas; es ciertamente el corazón de una ciudad ilustre, la interpretación por un gran pueblo de los conceptos eternos. No es sólo la parte de una disposición urbana en el mezquino concepto usual, sino una obra que ha alcanzado la perfección del arte puro y eterno.»

Los romanos, aunque siguen las disposiciones fundamentales griegas, cambian por completo del concepto de amoldamiento a la topografía.

Es un pueblo avanzado que cultiva y venera la personalidad, descubridor de nuevas técnicas constructivas, avasallador y emprendedor.

No le importa no respetar la topografía, aunque sí se vale de ella en términos amplios. Desmonta y rellena donde quiere y le conviene; buen ejemplo es el Foro romano, rodeado de un muro de contención de 30 metros de altura.

Todas las ciudades romanas se caracterizan por dos vías o calles principales, normalmente ortogonales entre sí, la vía Decumana y la Cardo. Empiezan o concluyen en puertas de la muralla; las puertas Decumana y Praetoria, en la vía Decumana, y las Dextra y Sinistra, en la Cardo.

Aosta es un modelo de este sistema, y la población romana de Chester, en Inglaterra, obedece al mismo criterio urbanístico.

La planta de la Pompeya del sur de Italia obedece a una mezcla de trazados, con el dato curioso de una calle curva, que, indudablemente, proporcionaría interesantes y bellos efectos de perspectiva.

Por último, quiero recordar a Palmira, la ciudad del Asia Menor, ejemplo interesantísimo, con su calle de 22 metros de anchura y 3 kilómetros de longitud, que tiene como fin de perspectiva en cada extremo dos importantes templos. La vía está porticada en ambos paramentos por medio de cuatro filas de columnas de mármol de estilo corintio. El conjunto debió de ser magnífico por su proporción, su funcionalidad y su riqueza. La calzada, descubierta, era de 11 metros de anchura, y las aceras, cubiertas por azoteas, que apoyaban en las columnas, medían cada una 5 metros y medio. La calle tenía dos quiebros, con el único objeto de distraer y romper la monotonía, y estaban resueltos magistralmente por medio de dos grandes puertas de paramentos normales a los ejes de cada tramo.

Estas puertas eran de tres arcos de 7 metros de anchura y 13 de altura los centrales, y de $3'50 \times 7$ los laterales. Las columnas, que, como dije antes, son de mármol, disponen hacia la mitad del fuste de unas ménsulas, que nos hace suponer servían de repisa a figuras o estatuas representativas.

Es aleccionador pensar cómo, hace dos mil años, el arquitecto de la ciudad de Palmira —pues es lo mismo arquitecto de ciudad que urbanista— proyecta una vía importante pensando en su funcionalidad, en su belleza, tanto de conjunto como de detalle, y en su técnica constructiva, factores que únicamente se integran en el arte de la arquitectura.

En la Edad Media, las ciudades pierden grandiosidad, más bien pierden grandiosidad en el sentido físico de la palabra. No hay grandes avenidas, ni palacios, ni en un principio abundan los grandes templos, ni estadios, ni lugares de reunión del pueblo. Las ciudades de la Edad Media tienen calles estrechas y quebradas, no hay espacios abiertos y parece que se pierde ya el planeamiento de conjunto.

La ciudad surge y crece alrededor del edificio notable. Los caminos que inciden a él se transforman en calles; por eso la sinuosidad de las mismas, ya que los caminos se amoldaban al terreno. Las plantas que surgen tienen una estructura muy realista desde el punto de vista topográfico; es irregular, pero con un fondo radial en el que el vértice es el edificio notable, que puede ser el antiguo palacio del príncipe o señor, la iglesia, el santuario, el edificio colectivo-administrativo o una conjunción de todo ello, es decir, un centro cívico de comarca.

Los pueblos en esta época se disgregan, se diseminan, abundan los bandos y los jefes o príncipes. No hay grandes Estados ricos ni ciudades ricas y grandiosas. Estos pueblos de campesinos humildes, incultos, al servicio de modestos príncipes o señores, se exteriorizan en sus ciudades. Pero si no son grandiosas las ciudades, en cuanto a su extensión y a sus instalaciones, no podemos decir lo mismo en cuanto a su belleza. Hay muchas ciudades medievales que son grandiosas precisamente por su belleza.

Un buen ejemplo de ello es la ciudad alemana de Buttstedt. En su plaza están el Ayuntamiento y la iglesia. Las perspectivas, las vistas, desde los puntos de conjunción con

la plaza de las diferentes calles que acceden al centro urbano, son magníficas por su gran belleza y tienen un verdadero interés pictórico. Siempre hay fondos de perspectiva intencionados que se cuidan. La proporción de masas de los diferentes edificios forman conjuntos bellísimos, en lo que no todo es debido a la casualidad. La situación de ciertos edificios singulares y la ubicación de portales, balconadas, fuentes, escudos, etc., no es, en modo alguno, caprichosa.

Estas ciudades, que se conservan y que llegan vivas hasta nuestros días, hay que respetarlas, hay que cuidarlas, guardándolas, aislándolas en su tranquilidad, evitando a toda costa que sufran las cicatrices de una incorporación.

A las ciudades se las amurallaba para su defensa; con la muralla surgían los caminos de ronda; el crecimiento obligaba a extensiones y a nuevos recintos amurallados, con lo que aparece una estructura más o menos circular a más de la radial.

Rothemburgo dispone de dos recintos amurallados concéntricos, que marcan y delimitan dos épocas, y en un lado, un tercer recinto, igualmente amurallado, que alberga el hospital. En los cruces y ensanchamiento de sus calles hay fuentes, monumentos y cruces muy característicos de la época.

Montpazier es un caso extraño, en la época medieval, de trazado regular, con manzanas rectangulares, calles rectas y perpendiculares entre sí.

Pero la plaza Mayor, que abarca dos manzanas, cierra por completo las perspectivas por medio de puertas, disponiendo de un espacio libre central y aporticando los cuatro paramentos, como posteriormente se resolverían nuestras plazas mayores.

El espíritu del Renacimiento trasciende a la arquitectura y a la estructura de las poblaciones, que prefieren entonces los trazados de regularidad geométrica y disposición majestuosa, de calles amplias y plazas soberbias. Un buen ejemplo es Karlsruhe, de estructura radial, con una vía principal, y también Mannheim, cuadrículada y su plaza alargada, de enlace con el palacio del príncipe y su *Mitstrasse* o camino de ronda.

También del Renacimiento es la reforma de Nancy, en cuya planta se distingue perfectamente la zona medieval por su irregularidad. Para que desde la plaza pudiera verse la catedral, se traza una calle oblicua, que da lugar a una hermosa perspectiva.

La plaza de Stanislaus se une con la plaza de la *Carrière*, formada por importantes edificios, lográndose con ello un conjunto armónico al que contribuye el acertado uso de masas de vegetación.

La plaza de Amalienborg, en Copenhague, situada en el encuentro de cuatro calles y en la que se ubican los cuatro palacios residenciales de la familia real, es un maravilloso ejemplo del Renacimiento. Cada arquitectura, cada palacio, no puede haberse proyectado sin haberse hecho un estudio del conjunto. La plaza está tan maravillosamente conseguida, que subyuga al que la vive, es decir, a aquel que no solamente la mira, sino que también la ve con el espíritu. Dispone de un monumento escultórico en el centro de la plaza, no recuerdo a qué dedicado, pero sí recuerdo que tenía gran belleza y estaba pensado para que todos los puntos de vista fueran buenos. Por último, al extremo de una de las calles que inciden a la plaza, y no lejos, una magnífica iglesia exenta y como fin de perspectiva remata de una manera perfecta el conjunto, ayudado por las nobles cualidades de la piedra y del cobre oxidado y verde de las cubiertas de palacios y cúpulas de la iglesia.

En Aranjuez, la composición de la ciudad, de la que forman parte fundamentalmente los jardines, obedece al criterio puramente renacentista. La intervención de Juan Bautista de Toledo y de Juan de Herrera, cuando Felipe II elevó a residencia real el cazadero de Carlos V, queda bien manifiesta; pero también llega hasta nosotros el sello francés inconfundible de Luis XIV en la reconstrucción del palacio por Pedro Caro en el reinado de Felipe V.

En el sur de Europa, donde en muchas ciudades se han

mantenido hasta nuestros días costumbres y disposiciones urbanas de la antigüedad, las plazas principales conservan el ambiente y tradición del antiguo *foro*. Hasta hace pocos años, una parte importante de la vida pública les era peculiar, así como las relaciones entre los edificios monumentales que las rodeaban mantenían la distinción entre el *ágora* y el *foro*, por un lado, y la plaza del mercado, por otro; y los edificios más importantes adornaban con cierto orgullo este corazón de la ciudad. Estas plazas, primorosamente ornamentadas, en la Edad Media y en el Renacimiento eran la vida y la alegría de las ciudades, celebrándose en ellas fiestas públicas, solemnidades y ceremonias de estado.

La evolución urbanística forja con sigilar fisonomía tres plazas fundamentales: la de la catedral, que en Italia está rodeada por el baptisterio, campanil y palacio episcopal; la principal plaza civil o *signoria*, y, al lado de ambas, aislada, la plaza del mercado.

La *signoria* es una antepiazza de la residencia del príncipe, y a ella recaen los palacios de los grandes del país. El ejemplo más puro lo tenemos en la *Loggia dei Lanzi*, de Florencia.

La plaza del Duomo, de Pisa, es una obra de urbanización tan perfecta —en la que se ha excluido todo lo profano—, que muy bien pudiera llamarse su *acrópolis*. Allí se reunió cuanto de bello y monumental en arquitectura religiosa se pudo disponer: el milagroso *duomo*, el campanil, el baptisterio y el composanto incomparable.

La norma clásica de situar los monumentos en los bordes de las plazas y la medieval de situarlos, como a las fuentes, en el punto menos frecuentado, tienen el fin común de esquivar las direcciones de tránsito y dejar libres los ejes del centro de la plaza, logrando así un efecto eminentemente artístico.

La agrupación de plazas es motivo frecuentemente utilizado en Italia; influye en esto la tradicional costumbre de cerrarlas y adosar los palacios e iglesias a otras edificaciones. Ejemplos de agrupación de plazas los tenemos en Módena, con las tres plazas de la *Leña*, de la *Torre* y plaza Grande, siendo la iglesia el edificio que las separa y tiene fachadas a todas ellas. En Perugia tenemos la plaza de la Catedral y la del Papa, y como ejemplo más significativo y bello, tenemos en Venecia la plaza de San Marcos y la *Piazzeta*, recayente al canal.

En España, como ejemplo de agrupación de plazas, destacaríamos las de la catedral de Burgos, en las que se han aprovechado magistralmente los desniveles.

Las plazas mayores españolas responden a un criterio de uso múltiple, de reunión de vecinos, comercial y ceremonias públicas. Normalmente son porticadas, totalmente cerradas y con arquitectura impuesta. Son rígidas y bellas.

Durante la primera mitad del siglo XX, a la mayoría de los proyectistas parece haberseles olvidado las plazas. Es un elemento urbano de primera necesidad, sobre todo en los países mediterráneos, donde el clima invita a pasar los ratos de expansión, de descanso y relación al aire libre.

En la época moderna surge, de una manera clara, la preocupación urbanística, motivada por el rápido crecimiento de las ciudades y por los avances de la técnica y de la mecanización. Las ciudades y sus expansiones se proyectan a principios del XIX sistemáticamente, por el procedimiento de la cuadrícula; no se inventa nada, pues recordemos que ya se había empleado muchos miles de años antes.

Tiene este sistema sus ventajas y sus inconvenientes. Como ventajas, la consecución de parcelas regulares; como inconvenientes, la monotonía y la ausencia de un viario funcional y jerarquizado. Para desplazarse de un punto a otro de la ciudad tiene forzosamente que recorrerse los catetos de un triángulo rectángulo, aunque esto, posteriormente, se resuelve con las vías diagonales.

Este sistema simplista de cuadrícula en el siglo pasado se importa de América (a donde lo llevaron antes los españoles) —recordemos las estructuras de Nueva York, Buenos Aires y Washington, ésta ya con diagonales— y posterior-

mente se europeiza, se mejora con características propias nacionales y regionales.

El urbanismo que se inicia frío, sin calor humano, sin preocupaciones artísticas, evoluciona, como es lógico, al encuentro de estos dos factores fundamentales.

En la vivienda el hombre se ha de sentir cómodo y se ha de sentir feliz; para ello la vivienda ha de ser práctica, funcional y *bella*. La ciudad, que también está hecha para vivirla, para vivirla el hombre, también ha de ser práctica, funcional y *bella*. Debe proyectarse la ciudad científica y artísticamente. Por ello es el arquitecto el que ha de dirigir esta proyección, ya que en él se conjuntan la ciencia y el arte. No todo en un plan de ordenación son números de densidad de población, índices de edificabilidad y número de aparcamientos, sino que, además de todo esto, hay algo mucho más importante, que es personalidad y belleza, que hacen que el hombre se sienta feliz en su ciudad y llegue a amarla.

Me causó una gran impresión cuando vi por primera vez el proyecto de reforma y ensanche de Valencia del arquitecto, profesor y académico de San Carlos don Ramón María Ximénez, sobre plano del topógrafo don Vicente Montero de Espinosa.

Lleva el plano fecha de 1852. En él se grafía, según su autor, el límite de la Valencia romana, que la supone por la plaza del Miguelete, calle de Cabillers, calle del Milagro hasta la calle de los Baños del Almirante, San Esteban, plaza del Almudín, palacio de la Generalidad, calle del Reloj Viejo y travesía del Miguelete.

También grafía los límites que supone a la Valencia árabe: Torres de Serranos, Temple, calle Gobernador Viejo, calle de las Comedias, calle de las Barcas, antigua plaza de San Francisco, Bajada de San Francisco, calle de San Fernando, plaza del Mercado, Bolsería, y luego termina con línea sin definir hasta las torres de Serranos.

En este proyecto se propone la demolición de las murallas y creación de la vía de ronda, de 25 metros de anchura, en su lugar, que no es otra que la actual ronda existente, y propone la construcción de otras murallas con sus consiguientes puertas más al exterior. Es un proyecto muy interesante, con la ordenación del ensanche por medio de unidades vecinales, que hoy vuelven a imponerse, con una plaza en cada unidad vecinal, algunas de ellas tratadas con amplitud y la previsión de situación futura de fuentes y monumentos. Existe en este plano del arquitecto don Ramón María Ximénez el estudio de un viario con diferenciación de importancia de cada vía en lo que a su funcionalidad se refiere, dividiéndolas en tres tipos, de 1.ª, 2.ª y 3.ª categoría, según tuviesen 15, 10 ó 7 metros, respectivamente.

Ejemplo de reforma interior bien concebida para la época en que fue ejecutada la tenemos en nuestra Valencia, con la apertura de la calle de la Paz, que tenía como fin de perspectiva, totalmente intencionada, la torre de Santa Catalina. Otro ejemplo de fin de perspectiva bien resuelto lo tenemos en la calle de las Comedias, con la acertada torre de Santo Tomás al fondo.

Las vías urbanas deben tener su proporción y su personalidad. Una estructura viaria orgánica con vías primarias que unan las diferentes unidades vecinales podrá proporcionar soluciones siempre más agradables. Los quiebros, como en la ciudad de Palmira; los monumentos y edificios singulares y exentos, como en la plaza de Amalienborg, en Copenhague, o las plazas de desdoblamiento viario, pueden ser elementos que, hábilmente empleados por el proyectista, proporcionen soluciones correctas y bellas a la vez.

La evolución del urbanismo queda afectada por el avance de los estudios sociológicos, sanitarios, económicos —en el que forma parte importante la industrialización— y por la mecanización del transporte.

Surge en España el primer plan importante, que pudiéramos llamar precursor. El Plan de Barcelona redactado por Cerdá. Sigue, como es lógico, el sistema de calles ortogonales, que era el que entonces imperaba, pero obliga a la limitación de las profundidades edificables y surgen los patios

de manzana, que en el proyecto de Cerdá los dedica a jardines y se unen al exterior, dejando zonas abiertas. La idea para entonces era magnífica, avanzada y denota una preocupación sanitaria y artística. En su plan, Cerdá prevé la situación de edificios singulares y zonas destinadas a parques. Posteriormente, las presiones del interés especulativo deformaron el proyecto, haciendo desaparecer elementos fundamentales del mismo: se cerraron totalmente las manzanas, se suprimieron los jardines interiores, sustituyéndolos por edificaciones de una planta destinadas a naves o locales de negocio.

En Valencia también surge por aquel entonces el Plan del Ensanche, debido a nuestro inolvidable gran arquitecto don Francisco Mora. Plan avanzado que, junto con el de Cerdá, hicieron que Barcelona y Valencia se distinguieran del resto de las ciudades españolas.

El urbanismo en nuestros días ha avanzado extraordinariamente. Como siempre, debe ser conjunción de ciencia y arte, pero cada vez más necesario, imprescindible en una ciudad que crece al ritmo actual, donde el hombre debe poder vivir, *no enloquecer y morir*, para lo cual debe sentirse cómodo y feliz. Esto, como ya hemos repetido tantas veces, son constantes inseparables en el buen planeamiento de la vivienda y la ciudad.

En los planes actuales de ordenación urbana se va de lo más a lo menos. Deben estudiarse previamente los planes nacionales, y después los regionales, comarcales y, por último, los de los diferentes núcleos que en nuestro argot llamamos parciales. Todos están ligados entre sí y son necesarios. Pero desde el principio debe tenerse presente el factor *belleza* y la *escala hombre*. El urbanismo ha de ser fundamentalmente humano y, por tanto, no puede tener la frialdad de una ciencia pura.

Al proyectar la expansión de una ciudad debe tenerse en cuenta la realidad de la actual, debe conocerse, debe vivírsela, y en la obtención de datos, tan precisos en la información previa al proyecto, serán fundamentales los que se refieran al espíritu de la ciudad. Parece un contrasentido, pero las ciudades tienen un espíritu, que es una conjunción de ambiente, forma de vivir colectiva, mayor o menor luminosidad, alegría o sobriedad, en la que no poco influyen los monumentos artísticos, su historia y su emplazamiento.

Por de pronto nos parece fundamental que los barrios antiguos merecen un respeto, como merece respeto un anciano; pero si ese anciano es un gran sabio o un gran artista, ese respeto aún ha de ser mayor, pues ellos mismos se hicieron acreedores a la inmortalidad. Lo mismo debe ocurrir con un monumento, bien sea un edificio o un barrio o conjunto urbanístico.

No nos debemos empeñar en mantener el centro cívico y comercial en donde siempre estuvo, sobre todo si lo fue en un barrio de marcado interés artístico. Si así se hiciera, las vías de comunicación serían insuficientes, los edificios no reunirían las condiciones necesarias y acabaría desapareciendo todo el conjunto de gran valor para ser sustituido por una ciudad mediocre, porque nunca podría ser perfecta y sin ninguna personalidad, ya que se destruyó su espíritu.

Los barrios antiguos deben ser aislados y mimados, debe dejárselos tranquilos, se les puede bordear por vías de circulación; pero los aparcaderos deben estar fuera, limitándose a un mínimo la circulación. Se les debe dedicar a fines puramente residenciales o, a lo más, con cierta tolerancia artesana. La ciudad debe descentralizarse y los futuros centros cívicos deben situarse en los diferentes polígonos de la extensión. El centro principal debe salir del casco antiguo de la ciudad, como ya hemos visto con ejemplos aleccionadores de muchas ciudades europeas.

Los planes de reforma que sean imprescindibles en los cascos antiguos deben hacerse con sumo cuidado e, insisto, con mucho respeto a los valores artísticos e históricos, pues también la historia forma parte del espíritu, que debe ser indestructible, de un pueblo o de una ciudad. Las vías, las imprescindibles, que se proyecten lo serán amoldándose a la

estructura de la ciudad y afectando siempre lo que realmente no tenga valor.

El ejemplo de nuestra avenida del Oeste, tal como en un principio se proyectó, es un ejemplo de lo que no debe hacerse, pues una vía recta de 25 metros de ancho, que iniciándose en San Agustín llega al puente de San José, partiendo a la ciudad como un queso y destrozando todo lo que encuentra a su paso, sin ningún respeto, es una monstruosidad. Además, estas soluciones, que gracias a Dios ya van perdiendo actualidad, provocan graves problemas. En estas vías suelen instalarse, por estar rodeadas de gran densidad de edificación, teatros, espectáculos, cafés, y los barrios limítrofes se transforman en sórdidos albergues del vicio y la degradación, creándose con ello un problema social y sanitario.

En el planeamiento de los núcleos de extensión es donde el arquitecto puede conseguir soluciones actuales y brillantes: barrios cómodos, alegres y bien comunicados; debe jugar con la composición de masas, para conseguir bellos efectos de perspectiva. Las zonas verdes, jardines y parques deben cumplir, además de su función de utilidad, la del embellecimiento, que tendrá siempre presente el proyectista.

Los edificios públicos, escolares, recreativos y religiosos deben ser elementos que, con su ubicación bien elegida y con su arquitectura, ayuden a personalizar y a componer artísticamente el futuro núcleo de población.

Los edificios singulares, tan mal entendidos por la gente, deben ser propuestos exclusivamente por el arquitecto que

proyecta el plan de ordenación. Un edificio puede ser singular, pero lo mismo puede serlo por su verticalidad como por su horizontalidad, además de por su calidad.

El arquitecto puede prever que en un lugar elegido por sus características, por su singularidad, que pudiera ser un fin de perspectiva o una cota elevada, convenga a la composición urbana un edificio vertical, rodeado de jardín o masa verde. También puede ocurrir que, en otro lugar determinado, al artista proyectista, al arquitecto, le convenga, por razones siempre estéticas, la ubicación de un edificio horizontal para una incorporación más adecuada del paisaje; en este caso la singularidad será la horizontalidad.

Con la nueva arquitectura, con los nuevos conceptos de viviendas, surge una nueva posibilidad para el arquitecto, que es la incorporación del paisaje a la arquitectura, tema tan hermoso y extenso que puede dar lugar a una especialización dentro de nuestro arte.

Actualmente está muy de moda —pues necesaria es— la labor en equipo, tanto para la proyección como para la dirección de planes de ordenación. Consideramos que es imprescindible este sistema de colaboración de las diferentes ramas de la técnica; pero quiero advertir el peligro que se corre de «despersonalización», de «deshumanización», con notable perjuicio para la bondad, fundamentalmente artística, de los resultados. La única forma de evitarlo es la existencia, siempre, de una cabeza rectora, que forzosamente ha de ser arquitecto, pues es el que puede conjugar en el urbanismo ciencia y arte.

DISCURSO DE CONTESTACION

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES;
SEÑORAS Y SEÑORES:

Gran perplejidad pesa sobre mí en este instante y la preocupación, llena de inquietudes, hierva sordamente en el ánimo, perturbando la facultad de pronunciar palabras. No obstante, venciendo cohibiciones, me asomo al campo de la disertación y procuro orientarme al comenzar la tarea. Para ello el espíritu propiciatorio que por naturaleza mantengo busca rumbos de iniciación y citas que iluminen las singluras, y descubro que el más claro y noble es el de vuestro valimiento, y por él me encamino, fiado en la virtud del recurso. Es, por lo tanto, el favor académico el remedio oficial que pretendo, y alentado con él, me arriesgo a cumplir la misión encomendada por la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, designándome portavoz en el solemne acto de recibir al académico electo don Mauro Lleó Serret.

¿Acertaré, no obstante mi buena voluntad, a realizar este cometido con el decoro que las circunstancias exigen y sin que vuestra atención, siempre benévola, señores académicos, ni la de esta concurrencia escogidísima quede por completo defraudada?

Afortunadamente, y vencida la mayor dificultad, cual es la de justificar el papel que en la solemne ceremonia me ha tocado aceptar, el mismo asunto de mi peroración, con sus motivos obligados, espero me conduzca como por suave declive hasta el fin de ella, sin que me desvíe de la ruta que ya encuentro trazada y antes que vuestro cansancio se anticipa a los límites que me señalan la cortesía y atención que a todos debo.

La solemne y formal recepción de académico de número, elegido por la Junta General de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, suele llegar precedida de la fatal ausencia del académico que, al abandonar la vida terrenal, priva a la comunidad de sus acertadas actuaciones, dejando vacante el puesto que ocupaba y para el que ha sido escogido el recipiendario. Esto, inevitablemente, ensombrece la lucidez del acto; pero en el acontecimiento actual se da la feliz circunstancia de que la vacante se ha producido por ser

encumbrado a la elevada jerarquía de académico de honor el ilustrísimo señor don Antonio Gómez Davó, eminente arquitecto que a su capacidad técnica y formación artística une la sensibilidad humana, patentizada en sus creaciones arquitectónicas, que, diseminadas por Valencia y otras muchas poblaciones, resaltan por su belleza. Sería fatigoso para vosotros reseñar una relación de tantos edificios y actuaciones que muestran el refinado arte de Gómez Davó, quien, por su recatada condición y exagerada modestia, se ha negado a que hiciera relación de sus méritos y obras; pero no puedo omitir, como edificio monumental, el que, proyectado por él, fue construido bajo su dirección para la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, frente al jardín de la Glorieta, en la calle del General Tovar, esquina a la del Mar, en esta ciudad. Edificio singular, de exquisito estilo barroco. Ya habéis escuchado el panegírico que con acertadas palabras ha hecho de él Mauro Lleó.

Es, para mí, su amistad entrañable uno de los afectos más acendrados. Comenzamos a tratarnos en la Universidad, cuando en la clase de don Elías Hernández y Pérez descifrábamos las incógnitas del análisis matemático, y también en la de don José Lluch Meléndez, la de las geometrías métrica y analítica, estudios que contemporizamos con los dibujos en la academia que don Rafael Pascual Zacarés tenía en el piso alto del suntuoso palacio de la baronesa de Casa de Ariza, situado en la plaza de Nules, donde, con los dibujos que hacíamos entre el *Moisés* y el *Pensador* de Miguel Ángel, la *Venus de Milo* y el *Discóbolo*, simultaneábamos romanzas y canciones que, con mejor o no tan buena voz y entonación, cantábamos cuando nos preparábamos para los exámenes en la Escuela Superior de Arquitectura.

No se ha aminorado con el tiempo nuestra franca amistad, antes al contrario, y siempre he considerado dignos del mejor elogio los aciertos profesionales, bien patentes, que jalonan pueblos y ciudades y que han sido concebidos por su imaginación creadora.

Nuestro recipiendario, el arquitecto don Mauro Lleó Serret, nació en Valencia; cursó sus primeros estudios, así como el bachillerato, en el Colegio de los Hermanos Maristas de

esta misma ciudad. Ingresó en la Escuela Superior de Arquitectura en el año 1932, y en el período de estudiante, ya en sus últimos cursos, al acontecer el Movimiento Nacional, se halla en Valencia, sometido a duras y frecuentes persecuciones (recluido y llevado a diferentes barcos habilitados para privar de libertad a los ciudadanos que inducían sospechas a los gerifaltes de las circunstancias), y es cuando tengo la oportunidad de tratarle, por mediación de un sobrino mío (Manuel Romani Miquel), condiscípulo de Mauro Lleó, y que yo (por estar amenazado de llevarlo al frente de batalla a cavar trincheras) había conseguido que le enrolara en el equipo de construcción de refugios antiaéreos. Al plantearme el caso de Mauro Lleó, le dije que viniera a la oficina de refugios, y allí, pese a las dificultades del momento, conseguí incorporarle también a mi equipo, justificando la importancia que tenía, por su finalidad humanitaria, la construcción de refugios (para proteger a la población civil), y construimos los de la plaza de los Hierros de la Ciudad, junto al palacio de la Generalidad; el de la plaza del Carmen, los de las calles Alta, la del Gobernador Viejo y el de la calle de Espada.

Con sus conocimientos adelantados en los estudios de la carrera de arquitecto, fueron ambos eficaces auxiliares del grupo y consiguieron eludir el temido traslado al frente de combate en aquellos días de tan desagradable recordación.

Terminada la guerra, concluidos los estudios en la Escuela Superior de Arquitectura y con la obtención del título de arquitecto, entra Mauro Lleó a prestar servicios profesionales en la Dirección General de Regiones Devastadas, siendo destinado a Segorbe, donde se dedica a la reconstrucción de los pueblos de aquella comarca, interviniendo en las obras de la catedral e iglesias de Caudiel, Jérica y Begís. Dirige las reconstrucciones de las iglesias de Nuestra Señora del Rosario, en el Cabañal, y del caserío de La Punta, en Nazaret; las obras de numerosos grupos escolares y del Colegio de la Puzosa. Proyecta y dirige numerosas obras en aquella etapa tan fecunda de la Dirección General de Regiones Devastadas, entre viviendas, escuelas e iglesias. Posteriormente, y por sus méritos demostrados con tantos aciertos, es nombrado arquitecto-jefe de la Comarcal de Valencia y dirige, entre otras, las obras de reconstrucción del palacio del Marqués de Dos Aguas. A raíz de la riada de 1957 trabaja, con sus compañeros de grupo ilustrísimo señor don Luis Gay Ramos, actualmente académico numerario de esta Real Academia de Bellas Artes de San Carlos; don José Pastor, don Carlos E. Soria, don José Ramón Pons y don Camilo Grau, y dirige las obras del vecindario de Nuestra Señora de la Fuensanta. Interviene en la dirección de las obras del barrio de Nuestra Señora del Carmen, por lo que es premiado, junto con otros compañeros de su equipo, con un viaje de estudios por distintas capitales y ciudades de Italia, Países Escandinavos e Inglaterra.

A su regreso a España es nombrado arquitecto jefe de la Oficina Técnica de la Delegación en Valencia del Ministerio de la Vivienda y, también, arquitecto jefe de la Corporación Administrativa Gran Valencia.

Se le adjudicó el premio Marqués de Sotelo, otorgado por la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana, en el año 1955.

Sus actuaciones han tenido expansión en los proyectos y dirección de obras de arquitectura industrial, influyendo en ellos y en su desarrollo las calidades estéticas, como en la factoría Arrocería de Sueca, edificios de las factorías de Coca-Cola, en Valencia y Alicante; la filial en Valencia de Sociedad Española de Automóviles de Turismo, Seat, en la avenida del Cid, y otras muchas edificaciones que harían asaz extensa su relación.

Con fecha 9 de mayo de 1965 es galardonado por Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, que le concede la encomienda de la Orden del Mérito Civil.

Esta es, a grandes rasgos, la narración de actividades profesionales y méritos de Mauro Lleó.

Después de oír la notable lección sobre el sugestivo tema «El arte y el planeamiento urbano», que con tanta competencia y capacidad ha explicado el nuevo académico, reconoceréis conmigo el acierto de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos al llamarle para sentarse entre nosotros; pero, aun siendo mucho lo relatado, queda incompleta su descripción, ya que es Mauro Lleó un hombre todo efusión y cordialidad, de intachables corrección, decoro y lealtad profesional, excelente compañero que rinde culto a la amistad, y ello justifica más el acierto de la Academia al acogerle en su morada, porque aquí, tanto como cultura, arte y tecnicismo, importa también, y mucho, nobleza de alma y pulcro proceder, cualidades que, al nivelarse en una misma persona, constituyen la más preciada ejecutoria para ostentar dignamente la medalla de académico.

Por eso viene Mauro Lleó a esta casa, por el llamamiento de los arquitectos y asentimiento unánime de la Real Academia, y entra sin golpear con el aldabón del desasosiego la puerta que, de par en par, se halla abierta en esta comunidad para ser recibido por el claustro de la corporación, que tanto espera de los talentos, de la bondad y del saber del recipiendario, para compartir nuestra labor, pues si es misión de la Academia dar honor a los que elige, no lo hace gratuitamente y a capricho, sino tras prudente y sensata reflexión y a título de reciprocidad, porque el honor que el de académico otorga no es sino reconocimiento de méritos que, bien contrastados, refluirán a su vez sobre la corporación que le llamó a su seno, y el mismo a quien hoy honramos nos honrará a su vez, y así iremos acrecentando el caudal de prestigio con que esta casa se ennoblece si, por dicha de todos, ocurre siempre que al buen deseo de los que eligen corresponden las altas cualidades del elegido.

Y como conclusión que a vosotros os alivie del cansancio de escucharme y a mí el disgusto de cansaros, he llegado al término de mi andadura. Sirvame de disculpa en vuestro ánimo, como lo es ante mi conciencia, que si nada hice por granjear distinción tan inmerecida, he puesto, para hacerme menos indigno de ella, lo más ahincado y sincero de mi mejor voluntad para dar el parabién al arquitecto don Mauro Lleó Serret.

Y para terminar, porque ya se dijo que lo mejor se deja para el final, rindo cortés homenaje a la belleza de las damas que vinieron a reavivar el milagro de ver que, aun en el crudo invierno, también florecen los rosales.

HE DICHO.